

El concepto de hegemonía en Gramsci: una mirada al Frente Nacional en Colombia*

GRAMSCI'S CONCEPT OF HEGEMONY:
A LOOK AT THE NATIONAL FRONT IN COLOMBIA

Ariel Alberto Parra Mier**
Robert Ojeda***

Fecha de recepción: 17 de enero del 2011
Fecha de aprobación: 9 de marzo del 2011

RESUMEN

El fenómeno político que abarcó el periodo comprendido entre 1958 a 1974 fue denominado el Frente Nacional. Dentro del marco de referencias conceptuales acerca de este periodo trabajaremos el concepto de 'hegemonía', cuyo eje temático abordaremos a partir de la categoría de Antonio Gramsci. El siguiente trabajo busca desenmarañar los diversos intereses políticos que se tuvieron bajo un tiempo de unidad nacional mantenido desde el bipartidismo. Nuestro interés general consiste en acercar nuevas voces a la reflexión y el análisis de nuestra cultura política desde una mirada histórica, principalmente hacia la comunidad estudiantil, la cual una vez inserta en la realidad nacional, podrá tomar una posi-

ABSTRACT

The political phenomenon that covered the period between 1958 and 1974 was known as the National Front. From the context of conceptual references related to this period, we will work on the concept of "hegemony", which will be addressed based on Antonio Gramsci's category. This paper aims to unravel the different political interests during a time of national unity that prevailed since the two-party system was established. Our general goal is to contribute to the discussion and analysis of our political culture from a historical perspective, mostly of the student community, which, once inserted in the country's reality, can take a stand regarding political events, thereby stopping dominance and

* Este artículo es producto de la investigación sobre la representación de los subalternos frente a los discursos hegemónicos, la cual fue realizada con el grupo "Filosofía, realidad y lenguaje" (categoría A1, Colciencias), Cihdep, Universidad de La Salle. Se presenta aquí el resultado de una monografía de grado dirigida por Robert Ojeda bajo esta línea de investigación. Esta investigación formativa apoya los resultados globales del proyecto.

** Estudiante de Filosofía, Universidad de La Salle. Trabajó este tema en su tesis de grado. Correo electrónico: airakbra@gmail.com.

*** Profesor tiempo completo Universidad de La Salle. Coordinador del área de Historia. Tutor de grado de este trabajo. Pregrado en Historia, Pontificia Universidad Javeriana. Magister en Historia, Universidad de los Andes. Miembro correspondiente de la Academia de Historia de Bogotá. Correo electrónico: rojeda@unisalle.edu.co.

ción frente a los actos políticos, evitando de este modo que el dominio y la hegemonía basados en acuerdos de unidad nacional se conviertan en nuevas formas totalitarias de la “democracia”.

Palabras clave: Frente Nacional, Colombia, política siglo XX, hegemonía, Gramsci, partidos políticos, liberales, conservadores.

hegemony based on National Unity agreements from becoming new totalitarian forms of “democracy”.

Keywords: National Front, Colombia, political 20th Century, hegemony, Gramsci, political parties, liberals, conservatives.

INTRODUCCIÓN

Para el siguiente trabajo se plantea una interpretación teórica sobre el fenómeno del Frente Nacional, el cual puso en práctica un modelo de unidad nacional. Este proyecto político consistió principalmente en el reparto del poder central y territorial entre los partidos Liberal y Conservador. Pero más que una simple unión entre partidos, se fundamentó un ejercicio de carácter dominante y excluyente; es decir, el soporte final del Frente Nacional consistió en la consolidación de un sistema “emancipador liberal” de tendencia fuerte. En tal sentido este procedimiento se convirtió en una forma democratizante de la hegemonía central de un grupo específico de poderes centralizados principalmente en las élites más poderosas, cercanas a los centros de poder o dominio del Estado y, desde ese entroncamiento, que necesariamente tenía dos rasgos distintos: uno liberal y otro conservador, se logró la creación experimental del régimen frentenacionalista con el único propósito de la tenencia y posterior desarrollo de la dirección y control del Estado por parte de las grandes capas del poder en Colombia. Se demostrará entonces en qué consiste el que un sistema hegemónico se perpetúe en el poder, y cómo a partir de Antonio Gramsci tal práctica es un modelo a seguir en términos teóricos políticos de la unidad-élite de la “hegemonía” política, social, militar y religiosa en Colombia.

CONTEXTO HISTÓRICO

Con la firma de los tratados de Sitges y Benidorm en 1957-1958, el Estado colombiano cerraba un periodo de luchas intestinas, campesinas en su mayoría, cuyos protagonistas fueron la violencia armada y guerrillera, quienes nutrieron el desconcierto de la política interna que vivía el país después de los acontecimientos que dieron lugar al llamado “Bogotazo”, el cual fue la resultante de la muerte, sin aclarar aún hoy, del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán el 9 de abril de 1948.

Cabe recordar que el ejercicio de la violencia durante este periodo que recibió el mismo nombre, por demás, estaba relacionado con el enfrentamiento entre liberales y conservadores, en el que dirigentes y activistas de ambos partidos combatieron a muerte durante diez años. Anterior a la firma del acuerdo de 1950, subió al poder Laureano Gómez, quien a su vez designó a Roberto Urdaneta, tras considerar imposible su gobierno por razones de salud, pero principalmente por el descontrol y la anarquía que atravesaba el Estado.

Se buscó entonces una salida al conflicto violento entre ambos partidos y se nombró al general Gustavo Rojas Pinilla, quien asumió su gobierno con la consigna “Paz, justicia y libertad” y, a lo que en un comienzo se le denominó golpe de opinión, más tarde se le dio el nombre de dictadura militar. Rojas contaba con los beneplácitos de las élites, campesinos, obreros, personas del común, y el grueso de la Iglesia católica también cerró filas al periodo de transición; todos aunaron esfuerzos por una justificación al conflicto (Palacios y Safford, 2002, p. 598). Se logró entonces la desmovilización de varias guerrillas y grupos de bandoleros, quienes veían en el llamado golpe de opinión el fin del derramamiento de sangre. Sin embargo, el proceso de desanarquización sufrió tropiezos y Rojas fue depuesto, instituyéndose otro gobierno interino (1957-1958) bajo la figura del general París (junta militar) y, una vez más, se usó la imagen de la estructura militar para tal objetivo (Ayala Diago, 1996, p. 71).

La tarea principal después de la recuperación del Estado de manos de la dictadura consistió principalmente en la convocatoria al plebiscito del 1º de diciembre de 1957, y en la instauración del llamado sistema de alternatividad experimental entre los partidos Liberal y Conservador: el Frente Nacional. De aquí parte nuestro interés en verificar si el llamado proceso de unidad nacional entre los partidos de oposición consistió en hegemonizar al Estado durante del periodo 1958-1974, tiempo que dura el acuerdo, el cual, entre otras cosas, tenía como fin el reparto igualitario de los puestos burocráticos, el nombramiento de funcionarios al servicio de la coalición, es decir, la milimetría, y la paridad de dos gobiernos para cada partido, así como la exclusión de cualquier otra forma ideológica distinta a la acordada por las élites de ambos sectores (Ayala Diago, 1996, pp. 88-89).

La división que atravesaba el Estado estaba enmarcada por la segregación política y económica: el país necesitaba de una política de unidad que permitiera estructurar y reestructurar al Estado. La ruralidad y el bajo nivel socio-escolar constituían el mayor foco de desestabilización para el caso de la violencia (Palacios, 2003, p. 263), pero a la vez el mejor espacio para constituir un sistema como el frentenacionalista, que permitía asegurar por la vía democrática (plebiscito) el establecimiento de un régimen “perfecto”, desde el punto de vista

ideológico, pero catastrófico desde la secularización que va sufriendo la población en general. En esta medida se puede pensar que el mismo esquema sirvió para que la estructura militar y policiva persiguiera, desplazara y reprimiera a las otras corrientes de partidos como la Alianza Nacional Popular (Anapo), el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y el Partido Comunista (PC); esta estructura, se convirtió en el eje totalizante de los grupos de poder dominantes.

La resultante de esta forma de práctica ideológica (hegemonía), enmarcada en los principios conservadores de sectores como la Iglesia, la burguesía y las familias tradicionales, convirtieron el fenómeno de la identidad cultural en sistemas hegemónicos capaces de utilizar cualquier medio de represión para lograr sus objetivos políticos y económicos; por el otro lado se hallaban los dirigentes de corte liberal, socialistas disidentes del gaitanismo y los seguidores de algunas tesis comunistas dentro del partido que, entre otros, fueron enmarcando el proceso de hegemonía una vez se firmaron los acuerdos anteriormente citados.

Entenderemos el concepto de hegemonía tal como lo define Gramsci desde la participación de dos capas sociales:

De momento se pueden establecer dos grandes “capas” súper estructurales: la llamada, por así decir, “sociedad civil”, que abarca el conjunto de organismos vulgarmente denominados “privados” y la “sociedad política o Estado”, que corresponde a la función “hegemónica” que el grupo dominante ejerce sobre la sociedad y al “poder de mando directo” que se manifiesta en el Estado y el Gobierno jurídico (Gramsci, 1967, p. 30).

Dentro de esta estructura de relaciones, el poder en Colombia, por parte de los dirigentes de los partidos Liberal y Conservador, se centró en el concenso directo entre las distintas capas altas de la economía, la Iglesia y los grades terratenientes, es decir, la “sociedad civil”, campesinos, obreros, estudiantes y demás que, aunque sirvieron como medio para el fin de la unidad nacional, fueron dejados por fuera del proceso hegemónico en la dirección del Estado (Ayala Diago, 1996, p. 101).

Recordemos que hegemonizar es la capacidad que tiene un poder político para controlar las distintas esferas de una población y se asegura por el medio ideológico; en el caso colombiano se logró gracias a la prensa, la radio, desde el mismo púlpito católico y con el afianzamiento de la estructura militar, la cual buscó por todos los medios controlar los territorios ganados por las guerrillas y grupos al margen de la ley.

Como complemento a lo anterior, el periódico *El Tiempo* publicó el 11 de mayo de 1957 lo siguiente: “Habla el Dr. GUILLERMO LEÓN VALENCIA,

BOGOTÁ MAYO 10 [...] Para fortuna de la patria hemos encontrado una fórmula de convivencia digna y pacífica de los partidos históricos a base del equilibrio del poder, entre las fuerzas vivas de la nación, que asegure la tranquilidad pública y le despeje a Colombia los caminos del porvenir” (*El Tiempo*, 1957). Con esta frase se quería indicar el inicio del Frente Nacional.

El proceso hegemónico se fundamenta en el poder central y el disciplinamiento de la esfera pública-política, es decir, que la fuerza de la capa “sociedad civil” domina el terreno inexistente de la capacidad organizativa que tienen, en el caso colombiano, las capas bajas del poder central: campesinos, obreros, estudiantes, gente del común, entre otros. Esto quiere decir que, al no haber un sistema organizacional concreto de los antes mencionados (capas bajas), estos ceden un espacio dentro del poder político el cual es utilizado por los otros.

Por su parte el sindicalismo y los partidos distintos al Liberal y Conservador no constituían en pleno una opción de gobierno que permitiera el rompimiento de la estructura hegemónica implantada por la vía del acuerdo, afianzado gracias a lo que Gramsci llama el “transformismo de los partidos”, el cual consiste en que los partidos de diferente ideología política son subsumidos por aquellos que tienen el dominio de las estructuras del Estado.

De este modo el ejercicio del poder como práctica, en el sentido estricto del término, emancipaba el deseo de confrontar el deterioro institucional del Estado usando como medio el carácter fuerte que se les daba a los poseedores del poder, así como a los miembros de la coalición frentenacionalista, y estos a su vez permitían que el entrecruzamiento de las libertades sirviese como base para instaurar el modelo de la línea hereditaria del Estado, lo que Max Weber denomina “dominio por tradición”, es decir, el afianzamiento de las capas altas del poder central gracias a la incapacidad organizativa de las capas bajas que conforman el Estado.

MARCO TEÓRICO

Nos preguntamos entonces: ¿cómo funciona tal sistema hegemónico en el caso del Frente Nacional colombiano? Para entenderlo mejor partimos de la idea que se tenía principalmente en dicho periodo de tiempo (1958-1974).

Las guerrillas desmovilizadas volvieron al terreno de la violencia armada, buscando equilibrar las fuerzas de control que el Estado ejercía, y que este desconoció después de los acuerdos con el gobierno de Rojas, por ejemplo la tenencia de tierras, la seguridad social, la salud y el empleo, los cuales se convirtieron en los principales motores de la imagen que se tenía en aquella época, es decir, la idea de que el Estado era insuficiente y centralista (Palacios, 2003, p. 264).

Se hegemoniza cuando existe poca capacidad de maniobra intelectual y política, y se suma a lo anterior el modelo policivo del sistema: cuanto más poder eliminador posea el Estado, mayor es la capacidad de control sobre las capas bajas del poder gremial.

La dirigencia liberal y conservadora, una vez identificado el problema central de la lucha de clases que intentaba agenciarse el poder del Estado —los campesinos y obreros de manera descoordinada y violenta por un lado, y los burgueses dueños de la industria y la economía controlaban los focos de poder en todo el país, en el otro extremo— quiso retomar el control y el poder del Estado mediante la celebración de pactos políticos como la repartición temporal y por períodos uniformes de la presidencia.

Por ejemplo, el Tratado de Benidorm (1956), el cual fue firmado por los señores Laureano Gómez (conservador) y Alberto Lleras Camargo (liberal), quienes buscaban derrocar a Rojas Pinilla que, además de ser publicado en el periódico *El Tiempo*, fue publicitado en la radio y en las plazas públicas. De este se puede destacar lo siguiente: “[...] se declara que se ha llegado a un pleno acuerdo sobre la necesidad inaplazable de recomendar a los dos partidos históricos una acción conjunta destinada a conseguir el rápido regreso a las formas institucionales de la vida política y a la reconquista de la libertad y las garantías que han sido el mayor orgullo patrimonial de las generaciones colombianas hasta la presente” (*El Tiempo*, 1958).¹ Con lo anterior se puede decir que el país no estaba preparado para asumir una dictadura, porque siempre se ha caracterizado por tener una constitución y unas leyes que son para el bien del pueblo.

Se dice que hay lucha de clases (según Gramsci) siempre y cuando existan estos elementos: campesinos, obreros y burgueses. En el caso colombiano, por otra parte, estaban los partidos como la Anapo y el MRL, este último en cabeza de López Michelsen, intentando ideologizar a sectores reprimidos que veían en la ideas liberales del momento una salida a la difícil situación económica, caracterizada por la poca capacidad productiva en lo industrial, lo agrario, la escasa infraestructura y las pésimas vías de comunicación terrestre (Palacios, 2003, p. 260). Por último encontramos el intervencionismo de países como los Estados Unidos con su política progresista en contrapeso a las influencias regionales de la Revolución Cubana.

Las élites —decíamos— identifican que la toma del poder por medios como la unidad entre partidos es la forma más organizada para controlar al Estado y sus recursos, es decir, para hegemonizar desde la “sociedad civil” las distintas estructuras del poder “sociedad política”, o sea las tres ramas que lo conforman:

¹ Véase también Santos Molano (2000, p. 228).

la Ejecutiva, la Legislativa y la Judicial. Solo a partir del Frente Nacional las élites en Colombia esclarecen su panorama de gobernabilidad en la toma del poder central del Estado y marcan la preponderancia y la firmeza con la cual estas, junto con las familias más poderosas, han defendido su *status quo* a partir de tal régimen: “He ahí por qué hay que resaltar que el desarrollo político del concepto de hegemonía representa un gran progreso filosófico además de práctico-político, porque implica y supone necesariamente una unidad intelectual y una ética conforme a una concepción de lo real que ha superado el sentido común, y se ha hecho, si quiera dentro de unos límites aún estrechos [...]” (Gramsci, 1985, p. 52).

De este modo el Frente Nacional constituye un teatro trascendental para hacer esta mirada retrospectiva, puesto que nos ayuda a examinar ciertos comportamientos de la historia política del país. Dicho ciclo nos permitirá, además, analizar hasta qué punto el ejercicio de la política se inscribe como un fenómeno en el que la concentración de la fuerza “sociedad civil”, a saber: Iglesia, sindicatos, poder económico, escuelas, colegios, universidades y agrupaciones de variada índole —componentes del tejido social—, y la “sociedad política”, tenían opción democrática y participativa en aquellos procesos.

El Estado, en cabeza del gobierno como tal, logra justificar otras categorías como el “sentido común”, según Gramsci, las cuales al entrecruzarse logran desarrollar el modelo “hegemónico” que se ha venido repitiendo desde entonces, eliminado sistemáticamente cualquier otra tendencia distinta a la toma del poder hasta nuestros días, por ejemplo: Jaime Pardo Leal (Unión Patriótica, UP), Luis Carlos Galán (Nuevo Liberalismo), Bernardo Jaramillo (UP), Carlos Pizarro León Gómez (Alianza Democrática) e incluso descendientes directos de la línea hegemónica como Álvaro Gómez Hurtado.

LA PRÁCTICA HEGEMÓNICA

La forma más clara que existe en el desarrollo hegemónico, plantea Gramsci, consiste en ejercer poder de control sobre una de las capas estructurales que él denomina “sociedad civil” y “sociedad política”; esta última es tomada por un grupo específico o élites asociados a un fin en particular. En Colombia los gremios, la Iglesia, la burguesía, las familias más influyentes y los terratenientes logran esta unidad gracias a la firma del acuerdo bipartidista, es decir, el llamado a la unidad constituye el factor fundamental que nos interesa destacar, puesto que el “dominio” subyace intrínseco al ejercicio hegemónico.

Por tanto el poder se centraliza, una vez logrado este paso, y el llamado a la unidad permite que bajo esta categoría el sistema hegemónico funcione sin importar cuáles sean las consecuencias finales (por ejemplo la exclusión, la miseria

política y social) o, peor aún, dejando en manos de fuerzas externas el control de vastos territorios fuentes de riqueza natural y económica.

Colombia en la década de los cincuenta presentaba problemas de desarrollo e infraestructura: las poblaciones del oriente y el eje cafetero eran las más desarrolladas, en cuanto a su capacidad de producción cafetera y minera en algunas partes; las vías fluviales como el río Magdalena conectaban al centro con el resto del país. Solo hasta el gobierno de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), se va abriendo el espacio de modernización del Estado, de institucionalización, creando organismos como el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), el Instituto Colombiano de Reforma Agraria (Incora), el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), etc. Hasta este momento el Estado aún se enfrentaba a problemas de estructuración, debido a que el país no había logrado tener un proceso de modernización al ritmo de Argentina, el Estado más europeizado, o al de los Estados Unidos, el cual ya era una potencia desarrollada.

Las élites de los partidos y los gremios, con los industriales a la cabeza, reconocen que el rumbo del Estado estaba en la capacidad de maniobra que los gestores del régimen pudiesen darle a la abultada votación del 1º de diciembre de 1957. Es decir, el criterio de unidad permite crear toda una ideologización para que las masas campesinas y obreras se debiliten desde el interior de los partidos ajenos al Frente Nacional y, con ello, el criterio de verdad de la salvación nacional con una fuerte materia religiosa se va modificando hasta crear un sistema cerrado en el que solo opera el régimen con el apoyo de las masas que, diezmadas por la violencia, acuden a las urnas cada vez que hay elecciones impulsadas por las promesas de cambios radiales en la forma de ejercer el poder central.

Por tanto, la idea de inclusión y otras posibilidades expuestas en los acuerdos firmados, se van contradiciendo con el paso del tiempo por ejemplo: a) “[...] recuperar la libertad y derechos cívicos perdidos [...]”; b) “[...] la actual autoridad ejecutiva no tiene asiento en ninguna norma permanente [...]”; c) “[...] orden constitucional [...]”; d) “[...] ninguno de los dos partidos [...] puede tener mayoría dentro del cuerpo legislativo [...]”; e) “[...] Para esta tarea hay una condición inamovible: la libertad de prensa [...]”; f) “[...] desaparecerá el temor a un desastroso vencimiento de un partido oprimido por el otro” (Acuerdos de Sitges y Benidorm).

La apertura del Frente Nacional como sistema de coalición y estrategia en cuanto al modelo descrito como hegemónico, consistía principalmente en el manejo de la crisis de gobernabilidad; el gobierno de Guillermo León Valencia (1962-1966), destaca por el aumento de las guerrillas y la consolidación de las llamadas “repúblicas independientes” como Marquetalia en el Tolima, y en asegurar el funcionamiento de la maquinaria del Estado por medio de las fuerzas del orden: ejército y policía.

Es decir, la crisis al interior del sistema frentenacionalista se va desplazando del centro a la periferia y desde ella se devuelve una vez más en sentido hegemónico a los centros de poder, convertido en políticas de Estado que propenden por la seguridad de las castas altas del poder hegemónico, es decir, el círculo del poder no cambia gracias a que el grueso de la masa se desintegra, una vez esta es ideologizada por los órganos de poder del Estado central.

El Frente Nacional constituye así su modelo de operatividad policiva en contra de los campesinos, sindicalistas, estudiantes y guerrilleros recurriendo a métodos como el Estado de sitio. En 1965 el gobierno de Valencia enfrentó marchas de estudiantes en todo el país, y para resolver la crisis acudió, igual que Misael Pastrana (1970-1974), a la represión militar.

Pastrana accede al poder bajo maniobras dudosas en las elecciones de 1970, en las cuales se enfrentaba a Rojas Pinillas, y del cual surge el M-19, movimiento estudiantil y guerrillero que nace como respuesta ideológica y armada al fenómeno hegemónico que consistía en la milimetría y la paridad, o la exclusión propiamente. Analizando una carta que escribió Rojas Pinilla al presidente Lleras Restrepo, cuando se había lanzado a la presidencia, se puede observar algunas dudas por parte de los candidatos contendientes (Palacios, 2003, p. 261):

A las dos de la madrugada de hoy, el General Gustavo Rojas Pinilla, jefe de la Anapo envió la siguiente carta al presidente de la República:

“Bogotá D.E., abril 20/70. Señor Doctor Carlos Lleras Restrepo Presidente de la República [...] Señor Presidente: hasta cuando los medios de comunicación pudieron operar libremente, publicaron los siguientes datos:

Belisario Betancourt: 480642

Misael Pastrana: 1121679

Gustavo Rojas Pinilla: 1235679

E. Sourdis: 123029

En ese momento intervino el ministro de Gobierno para decir que lo informado libremente era una “novela” y que los datos “oficiales” eran:

Belisario Betancourt: 229338

Misael Pastrana: 749022

Gustavo Rojas Pinilla: 753243

E. Sourdis: 95506

Esto representa un retroceso de 1129112 en los cómputos electorales.

¿Somos muchos los que nos estamos preguntando que hacia el señor ministro con el 1129112 de votos escamoteados a la libre información?

Señor Presidente: en sus manos está garantizar la pureza electoral e impedir que se altere la paz.

Dios guarde a usted,
General Gustavo Rojas Pinilla” (*El Tiempo*, 1970).

Este tipo de descontrol lo intenta superar el presidente aumentando el pie de fuerza militar; como vemos la crisis vuelve de nuevo a las capas bajas de la sociedad, y esta las acepta ideologizando el régimen central como defensor de la justicia y el orden constitucional.

El Estado colombiano, aún después de la firma de los acuerdos entre liberales y conservadores, no lograba desterrar el problema de crisis política y violencia. El inconveniente de la tenencia de tierras seguía siendo el factor determinante de la anarquización y las gestas guerrilleras, y el ciudadano común veía con buenos ojos el elemento insurgente dada la concentración de riquezas de las élites más cercanas a los círculos de poder que eran claras y evidentes. Por su parte el régimen frentenacionalista usaba el sentimiento popular para congraciarse con los campesinos y obreros, iletrados en su mayoría, para sus fines centralistas.

Como modelo de la modernidad el Estado no funcionaba en Colombia en esos momentos, debido a que el aspecto de la crisis moderna que es lamentado como “oleada del materialismo” está vinculado a lo que se llama “crisis de autoridad”; si la clase dominante ha perdido el consenso, es decir, si no es ya “dirigente”, sino únicamente “dominante”, detentadora de la pura fuerza coercitiva, esto significa precisamente que las grandes masas se han apartado de las ideologías tradicionales, no creen ya en lo que antes, creían, etc. La crisis consiste precisamente en el hecho de lo que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados (Gramsci, 1981, p. 37).

La apuesta del Frente Nacional a una salida del conflicto en Colombia va cediendo ante los hechos mismos, y el cómo se encuentra quizás en la hegemonía conservadora, más que la liberal, pues esta va dejando por fuera el grueso de la población y asume el control territorial y económico gracias a las incapacidad renovadora de las capas sociales más poderosas; es decir, al existir poco aumento en la escala social para los sectores más pobres, se hace cada vez menos viable un cambio en la toma del poder.

Si bien miembros de la oposición hacían ingentes esfuerzos por ganar escaños en la política nacional, no había cambios significativos porque estos mismos opositores eran miembros de las castas dominantes, o en el peor de los casos grandes terratenientes-gamonales, que buscaban solo la seguridad de sus focos de poder.

Lo anterior demuestra que el ejercicio instrumental de la hegemonía suponía un principio vital en la resistencia guerrillera, es decir, la revolución como elemento de un cambio y de una política de Estado continuaban sujetas a los criterios de opinión que la “sociedad civil”, la cual a través de los medios de comu-

nicación y la Iglesia católica, convenientemente, lograba la unidad en materia estratégica para delimitar las acciones civiles en contra del régimen; esta especie de analogía Gramsci la define así:

En este caso el método de la “analogía” afirmado y teorizado por Ciccotti puede dar algunos resultados orientadores, porque careciendo las clases subalternas de autonomía política sus iniciativas “defensivas” son forzadas por leyes propias de necesidad histórica, más complejas y políticamente más coercitivas que las leyes de necesidad histórica que dirigen las iniciativas de la clase dominante hacia fines propios de la necesidad hegemónica (Gramsci, 1981, p. 30).

El mandato popular, en este caso el plebiscito de 1957, sirvió para que la opinión pública en general respetase por encima del descontento general acciones distintas a las nacionalistas. La crisis, como la llama Gramsci, consistía en que la voluntad popular sucumbía ante el interés particular de los gestores del Frente Nacional o, mejor aún, el ejercicio de la violencia comandada principalmente por los grupos guerrilleros, se constituía en el soporte para que la unidad nacional fuese vista como una solución al conflicto y a las élites como las salvadoras de la hegemonía del Estado; esta visión tal como se planteó desde entonces sigue funcionando.

EL FRENTE NACIONAL EN DESACUERDO

El llamado a la unidad de los partidos tradicionales en la fecha en que se firman y duran los cuerdos (1958-1974), constituye el epicentro de toda la carga política y administrativa de la hegemonía entre liberales y conservadores. Lo único claro que tenían los gestores del régimen era no permitir la toma del poder por facciones distintas a las clases tradicionales, en lo demás primaba el desacuerdo:

En resumen, el Frente Nacional constituyó la solución a un problema básico de Colombia: la falta de orden político, pero no significó un fortalecimiento de la democracia colombiana, al dar más importancia a las garantías de las minorías que a la expresión de las mayorías. Se buscaba un régimen para la convalecencia democrática, la deposición del dictador militar y el retorno a los gobiernos civiles, mediante un filtro jurídico institucional que moderara la competencia bipartidista de modo que no se saliera de los cauces prefijados, pero que tuviera una total apertura respecto a la expresión de la lucha entre las facciones internas de los partidos (Medina y Sánchez, 2003, pp. 226-227).

No cabe duda que la idea de un régimen como el frentenacionalista presume de antemano una madurez en el control por parte de la población civil de los ejercicios de la democracia participativa; sin embargo el escenario de la violencia y el descontento social dejan otros aspectos que en su momento el poder central no tuvo en cuenta, es decir, eliminó el ejercicio de la oposición fortaleciendo el compadrazgo, la burocracia, la corrupción y el deterioro de lo público al servicio de una camarilla.

Los cuatro gobiernos del Frente Nacional estuvieron enmarcados por el apasionamiento y la búsqueda de métodos directos de persuasión al grueso de la masa popular; el enfrentamiento entre las alas más acérrimas de ambos partidos comprendieron que su fortaleza consistía precisamente en la capacidad de convocatoria de las bases populares, y su llamado a cerrar filas de cara a los colores de cada partido: azul conservador y rojo liberal. Con esta sencilla forma de gobernar el poder central se fortaleció en detrimento de la periferia alejada cada vez más por los círculos de poder dominantes, es decir, por medio de las capas económicas y burocráticas.

La simbología y la traza ideológica de los colores en mención, estaba concertada desde la época de la independencia. El poderío de cada partido se equiparaba al número de adeptos y al ejercicio discursivo por medios como la prensa y la radio. La prensa fue el factor determinante para la consumación del Frente Nacional, pues cada partido contaba con los diarios más importantes del país (*El Tiempo, El Siglo, El País, El Espectador*, etc.), los cuales fueron administrando la tensión, el descontento y la dominación finalmente hasta convertirse en los medios directos de preservación del régimen y, con ello, de la manipulación de los acontecimientos reales de la violencia armada en todo el territorio nacional.

La arquitectura del poder en Colombia se evidencia en la constitución del Frente Nacional como modelo a seguir de ahí en adelante por las distintas facciones o la disidencia de los círculos de poder, y “De cómo está organizada de hecho la estructura ideológica de una clase dominante: o sea la organización material tendiente a mantener, a defender y a desarrollar el ‘frente’ teórico e ideológico” (Gramsci, 1981, p. 55); desde aquí parten las alianzas estratégicas de los distintos sectores de la economía, la banca, la industria, la religión y la política. Ningún periodo anterior al Frente Nacional demuestra con mayor énfasis el control por el “dominio” y la “hegemonía” directo, pues las estructuras del Estado: “sociedad civil” y “sociedad política”, se convirtieron en un sistema particular social, político y económico.

Los elementos que se usaron para hegemonizar, en primera medida, eran la prensa y la radio y, en un segundo momento, las fuerzas del orden: ejército y policía, sin obviar el control del Congreso de la República. Por otra parte, con el

advenimiento de la Revolución Cubana, los métodos de parcializar a la población obrera, campesina y estudiantil, y alejarlas de cualquier concepción socialista o comunista, se logró gracias a los medios de comunicación: “La parte más importante y más dinámica de este es la prensa en general: casas editoriales (que tienen un programa implícito y explícito y que se apoyan en una determinada corriente), periódicos políticos, revistas de todo género, científicas, literarias, filológicas, de divulgación, etcétera, periódicos diversos hasta los boletines parroquiales” (Gramsci, 1981, p. 55).

Sin embargo, el modelo de los medios escritos no constituía, según Gramsci, el sistema más dinámico, pues existían otros: “La prensa es la parte más dinámica de esta estructura ideológica, pero no la única: todo aquello que influye o puede influenciar en la opinión pública directa o indirectamente le pertenece: las bibliotecas, las escuelas, los círculos y clubes de distinto tipo, hasta la arquitectura, disposición de las calles y los nombres de estas” (Gramsci, 1981, p. 55).

Por consiguiente el espíritu de escisión, o sea la progresiva adquisición de la conciencia de la personalidad misma del desarrollo hegemónico, se fue moldeando al amparo del modelo histórico recién impuesto, el cual permitió que se fuera extendiendo a las clases más progresistas aliadas potenciales del régimen, formado el complejo ideológico cuya primacía consistía en el conocimiento exacto de cómo ir poco a poco y diametralmente vaciando el elemento masificador de la masa popular en simples agentes al servicio de la toma del poder por los grandes regímenes de transición, permitiendo en última instancia la consolidación del poder hegemónico de los grupos dominantes del país, asegurando por las vías democráticas cada elección presidencial del periodo frentenacionalista en la toma del control del Estado (cfr. Gramsci, 1981, p. 56).

Si bien existían claros desacuerdos en las corrientes internas de cada partido, empezando por Laureano Gómez, líder conservador de mano dura y radical, primó a pesar de todo el fenómeno de la unidad, lo que sirvió como base para el control de los estamentos del Estado. Al dispersar el continuo proceso revolucionario, para decirlo de algún modo, de los movimientos de campesinos y obreros, quienes pedían mayor inclusión y participación en las instancias del Estado, los gestores del régimen frentenacionalista iban creando mayor control gracias a la estructura militar, la cual salió fortalecida después de la caída de Rojas Pinilla:

La división de poderes y toda la discusión producida por su realización y la dogmática jurídica nacida de su advenimiento, son el resultado de la lucha entre [la] sociedad civil y la sociedad política de un determinado periodo histórico, con un cierto equilibrio inestable de las clases determinado por el hecho de que ciertas categorías de intelectuales (al servicio

directo del Estado, especialmente la burocracia civil y militar) están aún demasiadas ligadas a la viejas clases dominantes (Gramsci, 1984, p. 66).

La prerrogativa inminente que se alcanza a entender del proceso de pacificación, lema por demás interesante, desde el punto de vista capital de la hegemonía de clases, las cuales buscaban cerrarle el paso a un nuevo impulso de la violencia armada, inducida esta última por los grupos guerrilleros como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Movimiento 19 de abril (M-19), entre otros, se convirtió en el más importante en materia de hegemonización por medios directos como el desplazamiento y la persecución de los actores armados, puesto que pacificar consiste en devolver el control de vastos territorios al control central de la “sociedad civil” y de la “sociedad política” finalmente.

Es decir, la lucha de clases se traslada a la esfera de lo insurreccional, perdiendo el carácter de revolución política pasando a ser simple violencia armada; el sentido de militancia subversiva tendía a equilibrar a las guerrillas con el rango de estatus beligerante por parte de los universitarios de establecimientos públicos. Se buscaba con esta medida alcanzar un mayor impacto en el escenario nacional e internacional, pero las dirigencias de los partidos Liberal y Conservador simplemente se encargaron por las vías de hecho de concederles el rango de bandoleros y delincuentes armados, y de ese modo desconfigurar cualquier posibilidad entusiasta de las masas a favor de este accionar político y militar.

La trama frentenacionalista desde las facciones de los partidos Liberal y Conservador confirma el peso histórico que encierra la conducta política de la unidad nacional, al permitir el retroceso en materia económica en cuanto a la participación de nuevos grupos en la escala social. Al ganar espacios los actores armados, los hacendados e industriales, estos se van quedando con vastos territorios; de ese mismo modo mayor número de personas tienen que abandonar sus pertenencias, dirigiéndose hacia las grandes ciudades, lo cual es aprovechado por los gamonales de turno, casi siempre cercanos a los círculos de poder de los partidos dominantes en línea directa con los bipartidistas.

Es importante recordar que el impulso social y económico estaba coordinado por el nuevo arrastre de la industria petrolera, aunque el café continuaba siendo el mayor generador de divisas: las centrales obreras y los sindicatos asumían entonces como banderas de sus luchas el antiimperialismo, pues el desarrollo de esta industria gracias al capital extranjero de los Estados Unidos, mayor socio comercial de Colombia (Palacios y Safford, 2002, p. 598), representaba el incremento del pie de fuerza militar, y el uso de la fuerza cada vez más acentuado: “El problema no era tanto el de liberar las fuerzas económicas ya desarrolladas de las trabas

jurídicas y políticas anticuadas, cuanto de crear condiciones generales para que estas fuerzas pudieran nacer y desarrollarse de acuerdo al modelo de otros países” (Gramsci, 1984, p. 70), sino que se desarrolló en una sola vía, es decir, en trayectoria a los amplios bienes de capital nacionales y extranjeros, y la única contribución que hicieron las bases bajas (obreros y campesinos) fue su en cuanto a mano de obra no calificada.

El acuerdo buscaba, entre otras cosas, mejorar las condiciones de vida de la población, el cese de la violencia, el progreso económico y la reconciliación nacional (Palacios y Safford, 2002, p. 598); sin embargo el abandono por parte del Estado, por citar un ejemplo, de los territorios nacionales, es muestra de la poca efectividad que surten los consensos en Colombia: mientras el Estado solo sirva para excluir a los partidos de oposición del ejercicio hegemónico, continuará haciendo tránsito hacia el “dominio” de los que tienen mayor acceso a los poderes civiles, jurídicos y militares sobre las tierras, los recursos y el monopolio, pues aunque es claro que existen visiones distintas en las élites de cada partido, el uso de la denominada “unidad nacional” se sobrepone al interés general.

De hecho al Estado, desde el Frente Nacional, viene siendo operado como un “partido”, y al mismo tiempo ha sido puesto por encima de los partidos, con el fin de armonizar sus intereses y sus actividades al servicio de intereses particulares y extranjeros para apartarlo de las grandes masas; de este modo se crea una gran fuerza sin partido que no participa de los intereses gubernativos, desligada esta gran masa por los vericuetos paternalistas de tipo bonapartista-cesáreo (cfr. Gramsci, 1981, p. 165). Así, las élites continúan ejerciendo el control regional y estatal; es decir, la táctica consiste en mantenerse en desacuerdo para lograr los objetivos trazados por los grupos dominantes.

POLÍTICA SOCIAL Y HEGEMÓNICA

Los tenedores de los bienes de capital, así como las familias lugartenientes de los terratenientes, abrieron de un modo u otro el control de las instituciones del Estado: “sociedad civil” y “sociedad política” desempeñaron un papel importante en la hegemonía del Frente Nacional; los cultivadores de la región Andina, cafeteros en su mayoría, y los mineros, junto con los grandes cultivadores, se multiplicaron y reforzaron tanto el nivel micro como macro de la economía. Esto afianzó la respuesta por parte del Frente Nacional en materia de control territorial y militar propiamente: “El ejército es también un ‘instrumento’ para un fin determinado, pero está constituido por hombres pensantes y no autómatas solo utilizables por coerción mecánica y física” (Gramsci, 1984, p. 122).

La hegemonía es el aparataje que permitió la consolidación de un régimen, cuyo foco de acción estaba enmarcado dentro de la estructura de la “sociedad civil”, la cual estaba muy lejos de ser educada para fines máximos o tareas importantes en la construcción nacional de un poder incluyente con miras a un Estado desarrollado o progresista. No existió una unidad de criterio entre lo que se planteaba en los inicios del Frente Nacional y lo que se desarrolló; lo que Gramsci denominaría la diferenciación entre teoría y práctica: “Tampoco la unidad de teoría y práctica es, pues, un dato hecho mecánico, sino un devenir histórico, que tiene su fase elemental y primitiva en el sentido apenas instintivo de ‘distinción’, de ‘separación’, de independencia, y avanza hasta llegar a la posición real y completa de una concepción del mundo coherente y unitaria: la dominación” (Gramsci, 1985, p. 52).

La debilidad de los partidos se ve también irradiada en la poca autonomía del elector colombiano en su marcha como principal actor en la construcción y dinamización del Frente Nacional, máxime cuando su aporte a los partidos solo se vio reflejado en temporada de elecciones. Durante el gobierno de Carlos Lleras Restrepo, el Frente Nacional avanzó hacia la descentralización gracias a la reforma de 1968, la cual tenía como fundamento la transformación del Estado nacional, creando institutos descentralizados.

La globalidad de la tarea frentenacionalista en el terreno de lo social estuvo siempre encaminada a resolver el problema de la brecha entre ricos y pobres, sin embargo los lineamientos de la gesta unificadora se fueron apartando de tales propósitos a medida que la división entre las disidencias de los partidos fueron creando barreras de compresión ideológicas; por ello el espíritu del nacionalismo en torno a la defensa del gobierno bipartidista se convirtió en un simple sistema de control político y económico:

Esta expresión tiene un significado preciso, históricamente determinado. Pero se plantea el problema de saber si existe algo similar al llamado “espíritu estatal” en todo movimiento serio, que no sea la expresión arbitraria de individualismos más o menos justificados. En primer lugar, el “espíritu estatal” presupone la “continuidad”, tanto hacia el pasado, o sea hacia la tradición, como hacia el porvenir; es decir, presupone que cada acto es un momento de un proceso complejo, que ya comenzó y que continuará. La responsabilidad de este proceso, la de ser sus actores y de ser solidarios con fuerzas “desconocidas” materialmente, pero que se las tiene como activas y operantes y se las consideran como si fuesen “materiales” y estuviesen físicamente presentes, se llama en ciertos casos “espíritu estatal” (Gramsci, 1972, p. 28).

Políticas como las inducidas por el gobierno de Alberto Lleras Camargo y su respaldo al programa norteamericano, la Alianza para el Progreso y el anticomunismo son unas de la más notorias, permitiendo además el ingreso del protestantismo en la esfera religiosa para frenar el avance del mal que, según se decía, representaba el comunismo por cuenta de Rusia y Cuba, por lo que era necesario frenar cualquier ultraje al sistema “democrático” en Colombia; es decir, desde la esfera de los partidos toda ideología relacionada con el poder político y con el control de los medios de producción era permitida siempre y cuando el consenso permitiese el dominio hegemónico por la vía administrativa de los partidos.

Por otro lado, la fuerza y el poder decisorio de los estamentos involucrados en la creación de la unidad nacional estaban enmarcados como prerrogativa fundamental del acceso a la democracia bajo la reagrupación de los sentimientos de patriotismo y de un conservadurismo tendiente a sacar el mejor provecho de la anarquía reinante en el país; de ello se concluye, por ejemplo: que el Frente Nacional nació como un sistema experimental, para dar solución al brote de anarquía colectiva, y muere como un pobre sistema de emancipación inconclusa en el que el poder se perpetúa basándose en la reconciliación y la cesación de toda forma de violencia armada, política e ideológica.

CONCLUSIÓN

Concluir que en Colombia ha existido una variedad lógica en materia de consensos, es decir, admitir que los movimientos de respaldo a ciertos momentos específicos de la historia política, crítica, social o violenta, estuvieron amparados bajo el dominio de la voluntad colectiva en aras de un fin único durante los cuatro periodos del Frente Nacional, no es una tesis que se puede validar fácilmente, siempre y cuando entendamos que la unidad nacional es un propósito alterno que tienen los gobiernos para erigir respuestas a necesidades imperantes en el descontrol político, lo que quiere decir que las elecciones de cada uno de los periodos nacionalistas se basaron en el inmediatez popular de las masas deseosas de respuestas a sus prerrogativas, o sea, a las promesas de cambio, de desarrollo y de seguridad.

La toma del poder por parte de las personas que formaban los partidos, en aquel momento liberales y conservadores, estaba en estrecha línea familiar con la política tradicional, es decir, consideraban que el aparato del Estado les pertenecía, y por consiguiente debían ejercer la dominación política y económica, gracias al origen patriarcal de las bases sociales en su desarrollo histórico, lo cual significa que de un modo u otro veían en la dirección del Estado lo que

Weber denominaría el dominio tradicional, aunque a veces ese mismo dominio tome tintes carismáticos y racionales.

Por lo tanto, la estructuración del Estado en el tiempo del Frente Nacional se fundamentó en cómo se ejerció la “dominación” dentro de una comunidad que buscaba alejarse del monopolio de la fuerza coercitiva de las clases dominantes, y cómo al mismo tiempo cedía a las pretensiones de poder absoluto de un grupo reducido —minorías— que ejercía el control de las esferas “sociedad civil” y “sociedad política”, agrupados en partidos políticos de casta tradicional, dejando a un lado el quehacer reformador de la consigna popular de “igualdad y justicia para todos”.

Por consiguiente y para terminar, durante los gobiernos del Frente Nacional las distintas vertientes de la vida nacional, entre ellas estudiantes, campesinos, obreros y gente del común, ante el llamado de la unidad nacional, cedieron el poder legítimo del Estado con todo su aparataje al dominio de una clase, es decir, le dieron el poder legítimo de la coacción ejercitando o moviendo el espíritu colectivo de la unidad a simples mecanismos de hegemonización dentro de las corrientes activas del pensamiento moderno de la racionalidad tradicional y excluyente.

Hoy nos enfrentamos de nuevo a una segunda unidad nacional, bajo otras características, la cual requiere el análisis crítico de los intelectuales del momento y de la sociedad civil en particular, puesto que las fuerzas políticas de coalición (sociedad política), siguen casi los mismos derroteros del pasado y, sumadas a todos ellos, ahora hay una vía con la cual pretenden posicionar acciones hegemónicas desde la corrupción.

Otro aspecto al que se le debe hacer un seguimiento muy puntual, es a la repartición de tierras y la venta de estas por parte del Estado. Pretender dar solución a problemas históricos con “pañitos de agua tibia” como los que han contentado al pueblo para lograr cometidos hegemónicos, por ejemplo políticas como el Agro Ingreso Seguro y la nueva reforma de tierras no son el camino a la salida del conflicto; lo único que podrán lograr con este tipo de políticas poco visionarias es la pérdida del control estatal sobre las tierras: por ejemplo ahora, que están los ojos puestos sobre las tierras por parte de empresas multinacionales o naciones que demandan la explotación de recursos naturales y tierras para alimentos, quienes están a toda costa tratando de comprar terrenos prósperos aprovechando la falta de proyecto nacional y unidad nacional de países liderados por políticos egoístas que solo piensan en su presente, en su entorno familiar y en su círculo de poder y no en el legado para las generaciones futuras.

REFERENCIAS

- Ayala Diago, C. (1996). *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional. Los orígenes de la Alianza Nacional Popular (Anapo) Colombia 1953-1964*. Bogotá: Colciencias.
- Ayala Diago, C. (2008). *Exclusión, discriminación y abuso de poder en el tiempo del Frente Nacional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Barco, V. (1981). *Lucha partidista y política internacional*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Bermúdez Rossi, G. (1982). *El poder militar en Colombia*. Bogotá: Editorial América Latina.
- Carta de Rojas (1970, 20 de abril). *El Tiempo*, Primera Plana y pp. 8, 18, 19 y 20.
- Gallón, O. (1978). *Ruptura histórica*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Gerlein Echeverría, R. (1995). *La estructura del poder en Colombia*. Bogotá: Imprelinea Ltda.
- Gramsci, A. (1967). *La formación del intelectual*. México D. F.: Grijalbo.
- Gramsci, A. (1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gramsci, A. (1972). *Maquiavelo y Lenin*. México D. F.: Diógenes.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel. Tomo 2*. México D. F.: Era.
- Gramsci, A. (1984). *Cuadernos de la cárcel. Tomo 3*. México D. F.: Era.
- Gramsci, A. (1985). *Introducción al estudio de la filosofía*. Barcelona: Crítica.
- Gramsci, A. (1989). *Cartas a Yulca*. Barcelona: Crítica.
- Gramsci, A. (1990). *Escritos políticos*. México D. F.: Siglo XXI.
- Guzmán, G. & Fals Borda, O. (1964). *La violencia en Colombia*. Bogotá: Umaña Luna.
- Hobsbawm, E. (1976). *Bandidos*. Barcelona: Ariel.
- Idearium y Normas Permanentes del Frente Nacional* (1958, 7 de agosto). *El Tiempo*, p. 12.
- Medina, M. & Sánchez, E. (2003). *Tiempos de paz. Acuerdos en Colombia, 1902-1994*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá e Instituto de Cultura y Turismo.
- Palacios, M. (2003). *Entre la legitimidad y la violencia. 1875- 1994*. Bogotá: Norma.
- Palacios, M. & Safford, F. (2002). *Colombia país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Bogotá: Norma.
- Peñaranda, R. & Sánchez, G. (1991). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: Cerec.
- Portelli, H. (2000). *Gramsci y el Bloque Histórico*. México D. F.: Siglo XXI.
- Regreso a la normalidad piden los jefes de los dos partidos (1957, 11 de mayo). *El Tiempo*, Primera Plana.
- Sánchez, G. & Meertens, D. (2006). *Bandoleros, gamonales y campesinos: El caso de la Violencia en Colombia*. Bogotá: Punto de Lectura.
- Santos Molano, E. (2000). *Documentos para entender la historia de Colombia* (Sección Frente Nacional, Tratado de Benidorm). Bogotá: Planeta.
- Tirado Mejía, A. (1989). *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta.
- Weber, M. (2007). *Sociología del poder: los tipos de dominación*. Madrid: Alianza.

